

práctica de esta virtud sublime nos santificará. Fijemos nuestra vista en Jesus, autor y consumador de nuestra fé; observemos la humildad que resplandeció en todas sus obras, y principalmente en su entrada en Jerusalem, y tan brillantes ejemplos nos harán mirar con desden y con horror el funesto vicio de la soberbia. Dos señores nos llaman á su servicio: Dios por el camino de la humildad y el demonio por las sendas de la soberbia: el primero nos ofrece en recompensa una gloria eterna, y el segundo penas y tormentos que no tienen fin. ¿Titubharemos en la decision que hemos de tomar? ¿Dudaremos el camino que hemos de seguir? ¡Ah! cuán insensato es el hombre que dejado de llevar por el espíritu de soberbia, se asemeja al demonio y pierde el derecho de la gloria que Jesucristo le conquistara!

Causa verdaderamente compasion el ver á muchos cristianos, que apartando la vista de Jesucristo y olvidados de lo breve y miserable de la vida, viven aprisionados por la soberbia, despreciando á aquel cuya posicion no es tan ventajosa como la suya. Tened la vista por el cuadro social, y á cada paso tropezareis con hombres soberbios y altaneros que existen en todas partes. ¡Todos se creen con derecho á despreciar y maltratar á sus semejantes! Si quereis conocer por vosotros mismos esta verdad, cubrios con vestidura humilde, y presentaos en casa de un grande de la tierra. Por mas que seais de una honradez á toda prueba, se os cerrarán las puertas, porque no os creerán digno de hablar con aquel señor, y si á fuerza de instancias lograis penetrar en su gabinete, no se os permitirá tomar asiento. ¡Pobre y miserable condicion del hombre! Por ventura, hombre soberbio, ¿no es tu

hermano ese que te dirige su palabra? ¿No es como tú hijo de Dios? ¿No es participante de los mismos Sacramentos? ¿Por qué, pues, le despreciais? Recuerda que murió el rico y fué sepultado en el infierno, y que el pobre y miserable Lázaro que esperaba las migajas de su mesa, se salvó. ¡Ah, qué suerte mas diversa! El uno pasó breves dias en la opulencia y el orgullo, y tras ellos una eternidad de penas; el otro cuatro dias de angustia, y tras ellos una eternidad de gloria.

Ahora bien, soberbios del mundo; hombres altaneros que engreidos por vuestra posicion ó vuestros bienes caducos y perecederos, mirais con menosprecio á los que ocupan una posicion más humilde, ¿creeis que vais á vivir siempre? ¿Creeis que siempre podreis gozar de los placeres que os halagan? ¿Creeis que esos bienes á la sombra de los cuales nutris vuestra soberbia, no van á tener fin? ¡Cuán miserable sois! Llegará un dia en que una enfermedad os postre en el lecho del dolor, y no teniendo accion para nada, necesitareis de la ayuda de otros semejantes, sin cuyo auxilio vuestra vida concluiria más presto; llegará por último un momento en que sereis llamados á comparecer ante el tribunal de la divina justicia. ¡Momento terrible, cuya memoria llenó de espanto y temor á las almas mas justificadas! ¡Momentos en que los mas celebres heresiarcas conocieron sus errores, y algunos se desesperaron á vista de sus maldades! ¡Ah! ¡cuánto dariais entonces por haber sido humildes y buenos cristianos! Por tal de vivir, cambiariais vuestra fortuna por la del último de vuestros criados... ¡pero todo en vano! Como quiera que despreciásteis á Dios, que os burlásteis de la humildad que se os pres-

cribia, le buscareis entonces; pero no le encontrareis, y morireis en vuestro pecado. Es constante el oráculo divino. ¿Os enorgullecereis entonces, cuando viendo vuestra desgracia eterna seais compañeros de Lucifer? ¿Tendreis entonces motivos para despreciar á vuestros prójimos? ¿Qué fin mas desgraciado espera al soberbio!

Decidme, mis hermanos: ¿á qué debemos aspirar los hijos de la Iglesia? ¿Cuál debe ser el fin que debemos propórnernos los que hemos sido redimidos por Jesucristo? Bien lo sabeis, la gloria debe ser nuestro fin y objeto; y cuando el Salvador nos la conquistó á fuerza de humillaciones y de sufrir resignado los mayores desprecios, cuando se humilló hasta aparecer á presencia de un pueblo amotinado, como pecador y criminal; ¿creéis que vosotros entrareis en tan feliz posesion por el camino del orgullo? El Eterno Padre nos ha mandado que oigamos á Jesucristo, que es un Hijo muy amado en quien tiene sus complacencias, *ipsum audite* (1) nos ha dicho. Y bien, ¿qué nos dice el amorosísimo Salvador, ya con sus palabras, ya con sus ejemplos? Nos dice que la humildad es el camino del cielo: su entrada en Jerusalem, nos habla con el mas elocuente silencio: lleno de humildad profunda, se presenta sin ostentacion, ni envia embajadores que anuncien su llegada, y si algo se percibe, es tan solo el murmullo que necesariamente producen las aclamaciones de aquellas sencillas gentes, que creyendo en El, salen á recibirle con palmas.

¡Ah! ¡leccion sublime, capaz de confundir la altanería y orgullo de esos hombres que prevalidos de su aérea posicion, gozan en avasallar á sus semejantes y

(1) Math. cap. XVII, v. 5.

se engrien con la lisonja y adulacion de aquellos que le rodean!

Al hablaros en esta oracion de la virtud santa de la humildad, que como os he dicho es el fuerte cimiento de las demas virtudes, debo advertiros que la humildad ha de ser profunda y á toda prueba, porque por nuestra misma naturaleza, flaca y enfermiza, nos es muy fácil caer en el vicio contrario de la soberbia. A muchos, su misma virtud les arrastró á ser soberbios. Un hombre que llega á tomarse á sí mismo estimacion, porque es aplaudido ó celebrado por sus virtudes, está espuesto á perderse, porque por este medio introdúcese en su corazon la venenosa ponzoña de la soberbia. Si por la misericordia de Dios no caeis en graves pecados, y practicais todos vuestros deberes religiosos, no os lleneis de vanidad ni fijeis vuestra vista en los desórdenes de vuestros prójimos: recordad que otras elevadas torres de santidad vinieron á tierra, demolidas por el fuerte viento de la soberbia, que convertido en huracan, estropeó y puso en movimiento hasta sus cimientos. Tened presente que como dice un profeta, Dios acude al socorro de los humildes, y abandona á los soberbios á su misma fragilidad (1). ¿Qué podrá hacer hoy una criatura, que no podais mañana hacer vosotros? ¿Qué fragilidad vereis en que no podais caer, siendo todos de una misma naturaleza, y revestidos de la misma carne? Para obrar el bien, no conteis nunca con vuestras propias fuerzas, sino con el auxilio de vuestro Dios. San Pablo desafía los peligros, arrostra todas las tribulaciones, y no dice que todo lo puede por su deci-

(1) Constituit Dominus humiliare omnem montem superbum. Baruch. cap. V, v. 7.

sion y fuerzas, sino que de todo es capaz en Jesucristo que es quien le conforta (1). Hablar de otro modo, hubiese sido una arrogancia que hubiese oscurecido toda su santidad y borrado todas sus virtudes. Esplícase del modo que lo hace, es mostrar una humildad digna del que fué vaso de eleccion, predicador y propagador del Evangelio, y una de las columnas de la Iglesia de Jesucristo.

¿Por qué de este modo se explica el Apóstol? Porque se habia propuesto imitar á Jesucristo que fué manso y humilde de corazon; por esto, para hacernos saber que este es el camino de la salvacion, nos dice que le imitemos como él imitó á Cristo (2). Cuando oyereis esas vanas cuestiones que los enemigos de la Iglesia suscitan, defended á Jesucristo y su esposa la Iglesia; pero sin dejar lugar á la soberbia; pero si por carecer de la ciencia necesaria no podeis discutir en favor de vuestra religion, huid de esas reuniones, no deis oidos á la doctrina de los contrarios, confiados tal vez en la fortaleza de vuestra fé, porque tal vez podreis ser seducidos por los artificiosos argumentos de la impiedad. ¿Debeis creer? pues creed con la mayor humildad, y buscad en todas vuestras obras la gloria de Dios y no la vuestra.

¿Quereis ver cuán sutil es la soberbia? Pues si ahora que yo os predico de la virtud de la humildad, mi ingenio me permitiese dar mejor forma al discurso y adornarle de bellezas retóricas, y me hubiese presentado en esta cátedra sagrada con el objeto de adquirir honra humana y ser celebrado por mi oracion, seria

(1) Omnia possum in eo qui me confortat. Ad Philip. cap. IV, v. 13.

(2) Imitatores mei estote, sicut et ego Christi. I, ad Cor. cap. IV, v. 16.

abominable á los ojos de Dios y predicaria la sentencia de mi condenacion. ¡Me estremezco al pensarlo! No lo permitais, amorosísimo Salvador y mansísimo cordero, que la soberbia se apodere de este corazon que os pertenece, y no me concedais ciencia ni honores, ni bienes de fortuna, si estos dones han de servir para mi perdicion.

Y á vosotros, mis amadísimos hermanos, ¿qué mas os podrá decir el que por su ministerio parroquial está obligado á ayudaros con sus esfuerzos para que consigais el cielo? Que Jesucristo sea en adelante la norma de vuestra conducta: que cuando os quiera dominar el espíritu de soberbia recordeis la humildad de nuestro Salvador; que fijeis vuestra vista en el pesebre, en todos los actos de su preciosa vida, y en su entrada humilísima en Jerusalem pocos dias antes de su sacrificio. Y si esta virtud debe reinar siempre en los cristianos, ¿cómo no deberemos practicarla en los dias en que vamos á recordar las humillaciones, los tormentos y la muerte de Jesus? El Señor ha dicho que dá su gracia á los humildes, al paso que resiste al soberbio. ¡Plegue á Dios que de tal modo reine esta virtud entre vosotros, para que forméis un pueblo de verdaderos cristianos, que sirviendo y amando á Dios en la práctica de las virtudes, todos reunidos entonemos alegres *Hosannas* á nuestro Dios en la Jerusalem celestial de la gloria, que os deseo á todos. ¡Oh! ¡Así sea! ¡Así sea!